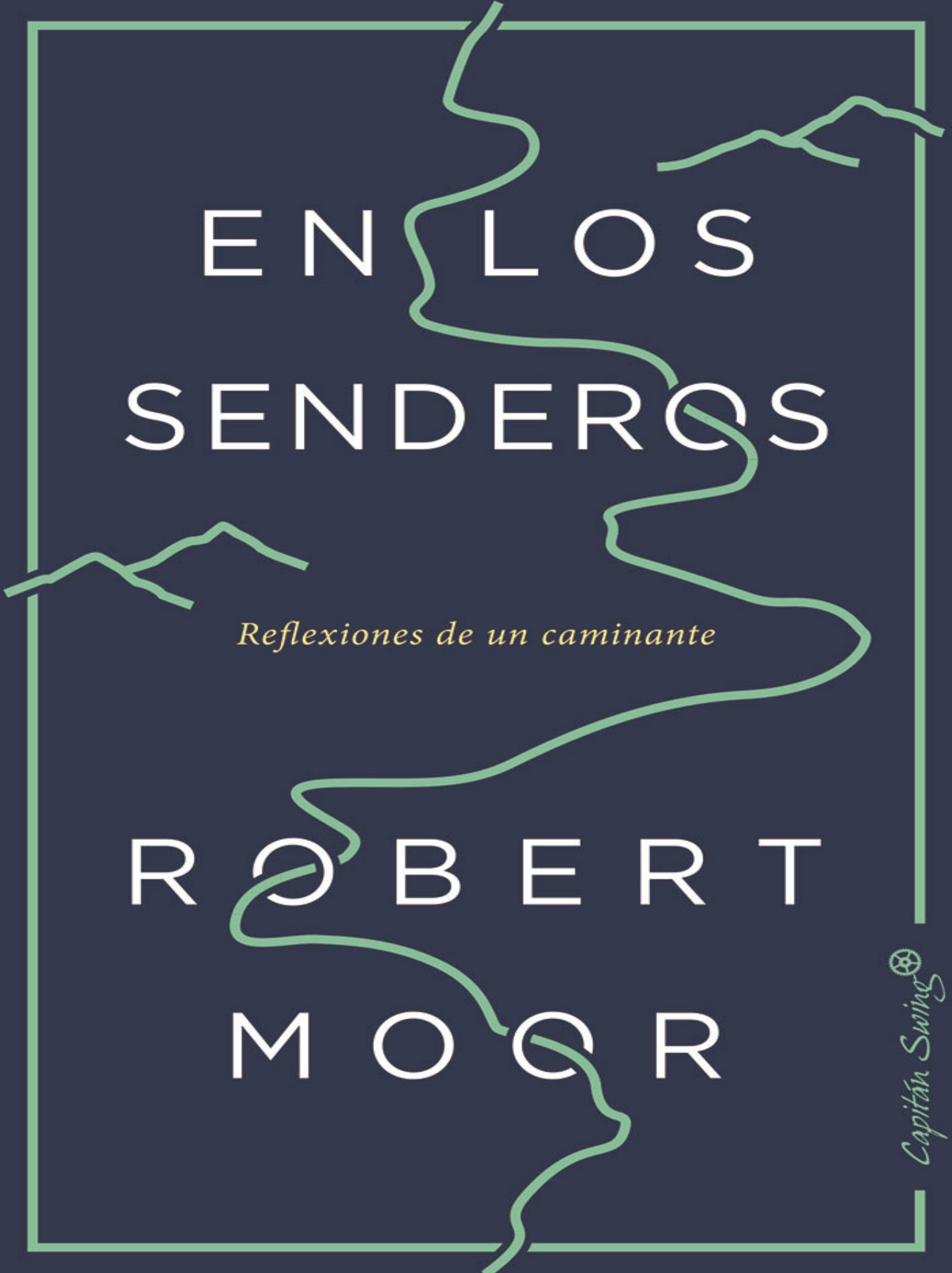




EN LOS SENDEROS

Reflexiones de un caminante

ROBERT
MOOR

Capitán Swing®

EN LOS SENDEROS

Reflexiones de un caminante

ROBERT MOOR

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

Capitán Swing 

PRÓLOGO

Una vez, hace años, salí de casa buscando una gran aventura y pasé cinco meses sin apartar la vista del barro. Era la primavera de 2009 y me había propuesto recorrer íntegramente la Senda de los Apalaches, desde Georgia hasta Maine. Calculé la fecha de salida de modo que apenas notara la transición de la benigna primavera del sur al templado verano del norte, pero por alguna razón el calor no llegó. Aquel año siguió haciendo frío, a menudo acompañado de lluvia. Los periódicos lo compararon con el anómalo verano de 1816, cuando los maizales se congelaron hasta la raíz, cayó nieve rosa sobre Italia y la joven Mary Shelley, encerrada en un sombrío chalé suizo, empezó a soñar con monstruos. Mis recuerdos de la excursión se condensan básicamente en piedra mojada y tierra negra. Las vistas de muchas de las cumbres montañosas quedaban ocultas. Envuelto en niebla, con la capucha puesta y la mirada baja, milla tras milla, mes tras mes, apenas pude hacer otra cosa que estudiar el sendero que tenía bajo mis narices con intensidad talmúdica.

En su novela *Los vagabundos del Dharma*, Jack Kerouac se refiere a esta forma de andar como «la meditación del camino». Japhy Ryder, un personaje basado en el poeta zen

Gary Snyder, aconseja a su amigo «andar observando el camino a tus pies sin mirar a tu alrededor, y simplemente entrar en trance mientras el suelo pasa como un rayo». Raras veces se observan los caminos con tanta atención. Cuando los excursionistas queremos quejarnos de un tramo de un camino especialmente difícil, protestamos diciendo que nos hemos pasado todo el día mirándonos los pies. Preferimos alzar la vista, mirar a lo lejos, perder la mirada en el horizonte. Lo ideal es que un camino actúe como un discreto ayudante, llevándonos grácilmente por el mundo al tiempo que preserva nuestra sensación de protagonismo e independencia. Quizá sea esa la razón por la que, prácticamente en toda la historia de la literatura, los caminos han permanecido siempre en la periferia de nuestra mirada, abajo, en el borde inferior del marco: han quedado, bastante literalmente, por debajo de nuestro interés.

Mientras cientos —y luego miles— de millas de camino desfilaban bajo mis ojos, empecé a reflexionar sobre el significado de aquel infinito garabato. ¿Quién lo creó? ¿Por qué existe? Es más, ¿por qué existe cualquier camino?

Aun después de llegar al final de la Senda de los Apalaches, esas preguntas siguieron persiguiéndome. Espoleado por ellas, y percibiendo de una forma difusa que podían conducir a un nuevo terreno intelectual, empecé a indagar el significado más profundo de los caminos. Pasé años buscando respuestas, que me llevaron a otras preguntas de mayor envergadura. ¿Por qué la vida animal empezó a deambular de un lado a otro? ¿Cómo comienza toda criatura a dar sentido al mundo? ¿Por qué algunas

personas guían y otras les siguen? ¿Cómo llegamos los humanos a moldear nuestro planeta dándole su forma actual? Pieza a pieza, empecé a improvisar una visión panorámica del modo en que los caminos actúan como una fuerza directriz esencial en este planeta: en todas las escalas de la vida, desde las células microscópicas hasta las manadas de elefantes, podemos encontrar criaturas que dependen de los caminos para reducir una abrumadora variedad de opciones a una sola ruta expeditiva. Sin caminos estaríamos perdidos.

Mi indagación para descubrir la naturaleza de los caminos a menudo me resultó más difícil de lo esperado. Las modernas rutas de senderismo anuncian su presencia con carteles y señales de vivos colores, pero los caminos más antiguos suelen pasar más desapercibidos. Los senderos de algunas antiguas sociedades indígenas, como los cheroquis, no tenían más de unos cuantos centímetros de anchura. Cuando los europeos invadieron Norteamérica, fueron ensanchando gradualmente distintas partes de la red de caminos autóctona, primero para adaptarla a los caballos, luego a las carretas y finalmente a los automóviles. Hoy, gran parte de esa red yace enterrada bajo las calzadas modernas, aunque todavía pueden encontrarse los restos del antiguo sistema de caminos si uno sabe dónde —y cómo— mirar.

Otros caminos resultan aún más oscuros. Los que utilizan algunos de los mamíferos que habitan en los bosques huellan tan débilmente la maleza que solo un experimentado rastreador puede distinguirlos. Las hormigas se guían por el olor a través de sendas químicas

que resultan completamente invisibles (aprendí que un truco para verlas es rociar el área con licopodio, el mismo polvo que utiliza la policía para detectar huellas dactilares). Algunos caminos están escondidos bajo tierra: las termitas y las ratas topo desnudas excavan túneles a través del suelo, marcándolos con rastros de feromonas para orientarse. Más finos todavía son los enmarañados senderos neurales que hay en un solo cerebro humano, tan numerosos que ni siquiera los ordenadores más avanzados del mundo son capaces aún de cartografiarlos todos. Mientras tanto, la tecnología está ajetreada tejiéndose una intrincada red de caminos, profundamente excavados bajo los pies o etéreamente colgados en el aire, a fin de que la información pueda correr a través de los continentes.

Descubrí que el alma de un camino —digamos su esencia «camínica»— no está ligada a la tierra y a las piedras; es inmaterial, evanescente, tan fluida como el aire. Dicha esencia reside en su función: en cómo evoluciona constantemente para servir a las necesidades de sus usuarios. Tendemos a glorificar a los pioneros, a las esforzadas almas que abren camino a través de territorio inexplorado —tanto en sentido físico como figurado—, pero quienes van tras ellos desempeñan un papel igualmente importante en la creación del camino. Ellos recortan curvas innecesarias y eliminan obstáculos, mejorando el camino con cada viaje. Gracias a la labor de estos caminantes, el camino se convierte —en palabras de Wendell Berry— en «la adaptación perfecta, a través de la experiencia y la familiaridad, del movimiento al lugar». En los momentos de desconcierto —cuando todos los viejos caminos parecen

disolverse en el fango— nos resulta muy útil volver la vista al suelo y estudiar la sabiduría, a menudo ignorada, que yace bajo nuestros pies.

Tenía diez años cuando vislumbre por primera vez que un camino podía ser algo más que una franja de tierra desnuda. Aquel verano mis padres me enviaron a un pequeño y anticuado campamento de verano de Maine llamado Pine Island, donde no había electricidad ni agua corriente, solo linternas de queroseno y un lago de aguas frías. La segunda de las seis semanas que pasé allí, a un puñado de chicos nos metieron en una furgoneta y nos llevaron, en un viaje que duró un montón de horas, a la base del monte Washington, para iniciar desde allí la que sería mi primera excursión con mochila. Como niño que había crecido en las praderas pavimentadas de la periferia residencial de Illinois, yo estaba bastante inquieto. El acto de arrastrar una pesada mochila a través de las montañas se parecía sospechosamente a uno de aquellos rituales de penitencia que a veces los adultos se forzaban a realizar, como ir a visitar a parientes distantes o comer mendrugos de pan.

Me equivocaba: era aún peor. Nuestros monitores nos habían asignado tres días para recorrer los doce kilómetros del camino de ascenso hasta la cima del monte Washington y volver a bajar, lo que debería haber sido tiempo de sobra. Pero el camino era empinado, y yo un niño flacucho. Mi mochila —una pesada Kelty con marco de aluminio que no me ajustaba bien— parecía una pieza de ortodoncia de cuerpo entero. Después de solo una hora de ascenso por el ancho y pedregoso camino que llevaba al barranco

Tuckerman, la rigidez de mis nuevas botas de piel había empezado a levantar ampollas en los dedos de los pies y a rasparme la piel de los talones. Un dolor líquido y caliente inundaba los músculos de mi espalda. Cuando mis monitores no me veían, me dedicaba a lanzar miradas suplicantes y afligidas a los extraños con los que me cruzaba, como si todo aquello formara parte de algún elaborado secuestro. Aquella noche, tendido en mi saco de dormir en el refugio, examiné la logística de una posible huida.

La segunda mañana empezó a caer una lluvia gris. En lugar de culminar la cima, que nuestros monitores consideraron poco seguro, hicimos una larga caminata a lo largo de la vertiente sur de la montaña. Dejamos las mochilas en el refugio, y cada uno de nosotros llevó solo una botella de agua y los bolsillos llenos de tentempiés. Liberado del temido peso de la mochila, y reconfortado al calor de mi poncho de goma impermeable, empecé a pasármelo bien. Inspiraba el aire impregnado del dulce olor de los abetos y exhalaba vaho. El bosque emitía un leve y clorofílico resplandor.

Caminamos en fila india, flotando entre los árboles como pequeños fantasmas. Al cabo de una hora o dos superamos el límite de la vegetación arbórea y entramos en un reino de rocas cubiertas de líquenes y niebla blanquecina. Los caminos que se extendían por la montaña se bifurcaban y entrelazaban. En la encrucijada con el Sendero Crawford, uno de nuestros monitores anunció que estábamos entrando en uno de los ramales de la Senda de los Apalaches. Su tono sugería que debíamos sentirnos

impresionados. Yo ya había oído aquel nombre antes, pero no estaba seguro de lo que significaba. El camino que teníamos bajo nuestros pies —nos explicó— seguía la espina dorsal de los Apalaches por el norte hasta Maine y por el sur sin interrupción hasta el estado de Georgia, a más de tres mil kilómetros de distancia.

Todavía recuerdo el hormigueo de asombro que sentí al escuchar aquellas palabras. Aquel camino de aspecto insulso que tenía bajo mis pies había crecido de golpe hasta alcanzar una escala colosal. Era como si me hubiera zambullido en el lago del campamento y hubiera descubierto la pausada y ondulante inmensidad de una ballena azul. Dado lo pequeño que me sentía entonces, resultaba emocionante poder hacerse una idea de algo tan inmenso, aunque fuera solo por la punta de su cola.

* * *

Seguí haciendo excursiones. Cada vez me resultaba más fácil; o más bien era yo el que me iba curtiendo. Mi mochila y mis botas se fueron ablandando hasta llegar a deslizarse en su sitio con la escueta fluidez de un viejo guante de béisbol. Aprendí a moverme ágilmente bajo una carga pesada y a avanzar durante horas sin pararme. También llegué a saborear la satisfacción de dejar caer mi mochila al final de una larga jornada: el peso, caliente como un animal, se desprendía serenamente, y yo surgía de debajo de mi carga con la extraña sensación de flotar, como si los dedos de mis pies apenas rozaran el suelo.

El senderismo resultó ser el pasatiempo perfecto para un niño de espíritu libre como yo. En cierta ocasión mi madre

me regaló un diario encuadernado en piel que supuestamente debía llevar ni nombre grabado en letras doradas en el lomo, pero, en lugar de ello, el impresor grabó erróneamente las palabras *ROBERT MOON*, confundiendo mi apellido, *Moor*, con el término inglés *Moon*, «luna». El error resultó extrañamente apropiado. Al crecer, con frecuencia me sentía extraterrestre. No es que fuera un chico solitario o aislado; simplemente era que nunca me sentía del todo *en casa*. Antes de ir a la universidad nadie sabía que yo era gay, y tampoco conocía a nadie más que lo fuera. Hacía todo lo posible por encajar. Cada año me ponía diligentemente traje y corbata para la ceremonia de primavera, el cotillón o el baile de fin de curso. Me ponía el uniforme apropiado para hacer deporte, para las primeras citas y para beber latas robadas de cerveza en el sótano de un amigo. Sin embargo, en todo momento una parte de mí no dejaba de preguntarse: ¿qué sentido tiene toda esta elaborada representación indumentaria que llevamos encima?

En mi familia, yo fui el hijo menor durante casi una década. Mis padres, que cuando yo nací eran ya cuarentones, me dieron un insólito grado de libertad. Podría haberme criado como un salvaje; pero, en cambio, pasaba la mayor parte del tiempo en mi cuarto leyendo libros, lo que descubrí que venía a ser como escaparme de casa, salvo por el riesgo y el disgusto para mis padres. Así, desde que comencé el tercer curso en la escuela, empecé a devorar libros del mismo modo que un fumador empedernido encadena los cigarrillos uno tras otro,

empezando un libro nuevo tan pronto como consumía el anterior.

El libro que despertó este hábito en serio fue una sencilla edición en rústica de *La casa del bosque*. Descubrí que mi hogar, en el norte de Illinois, estaba solo a unos cientos de millas al sureste del lugar donde en 1867 había nacido la autora del libro, Laura Ingalls Wilder. Pese a ello, sus descripciones de los Grandes Bosques de Wisconsin me resultaban totalmente ajenas. «A lo largo de la distancia que un hombre podía recorrer hacia el norte en un día, o en una semana, o en todo un mes, no había más que bosques —escribía—. No había casas. No había carreteras. No había gente. Solo estaban los árboles y los animales salvajes que tenían su hogar entre ellos». Me sentí embriagado por la sensación de aislamiento e independencia que transmitía Ingalls.

No recuerdo cuántos libros de la serie de «La casa»^[1] llegué a leer de un tirón, pero fueron los suficientes como para requerir la intervención de mi profesor, que me sugirió amablemente que pasara a otras lecturas. De modo que en los años siguientes fui progresando de la serie «La casa» a *Hatchet* (de Gary Paulsen), luego a *Walden* (de H. D. Thoreau), luego a *A Sand County Almanac* (de Aldo Leopold), y luego a *Una temporada en Tinker Creek* (de Annie Dillard). Disfrutaba entreteniéndome con los detalles de la vida al aire libre. Durante mi primer verano en Pine Island descubrí un género paralelo de libros de aventuras en la naturaleza: primero los relatos juveniles de Mark Twain y Jack London; luego las ensoñaciones alpinas de

John Muir, las agonías antárticas de Ernest Shackleton y las odiseas existenciales de Robyn Davidson y Bruce Chatwin.

Estos dos linajes de escritores sobre la vida al aire libre se dividían *grosso modo* en dos grupos: los que se sentían profundamente arraigados a un pedazo de tierra y los que se mostraban orgullosamente libres de cualquier atadura. Yo prefería a las almas errantes. Personalmente, no sentía ninguna conexión profunda con mi tierra, mis antepasados, mi cultura, mi comunidad, mi género ni mi raza. Me crie sin religión, pero también sin odio a la religión. Mi familia era difusa: mis padres, dos texanos que vivían en el norte glacial, se habían divorciado ya cuando empecé el primer curso en la escuela; no mucho después, mis dos hermanas mayores se fueron a la universidad para no volver. Una vaga inquietud parecía correr por nuestras venas.

Durante nueve meses al año me dediqué a deambular por las salas de una institución académica tras otra, cambiando de indumentaria, aprendiendo nuevos dialectos y fingiendo dominarlos. Solo durante los veranos, en una serie de estancias cada vez más largas en la naturaleza, me sentía plenamente a mis anchas. Así fui recorriendo desde los Apalaches hasta las impresionantes Rocosas, luego los montes Beartooth, la cordillera Wind River, la nevada inmensidad de la cordillera de Alaska y, más tarde, los elevados picos que se alzan desde México hasta Argentina. Allí arriba, lejos de la etiqueta y el ritual, podía caminar sin ataduras y libre de miradas indiscretas.

Durante dos veranos, estando en la universidad, acepté un empleo en Pine Island guiando a los chicos en breves excursiones por los Apalaches. En las caminatas a lo largo

de la Senda de los Apalaches me tropezaba ocasionalmente con senderistas que intentaban completar la totalidad de la ruta en un único y colosal esfuerzo de varios meses de duración. Aquellos *trans-senderistas*^[2] eran fáciles de detectar: se identificaban con extraños apodos («nombres del camino»), comían vorazmente y tenían un andar ligero como de lobo. Yo me sentía intimidado por ellos, pero a la vez los envidiaba. Me recordaban a los roqueros de un pasado idealizado: las mismas melenas, las mismas barbas descuidadas, el mismo aspecto consumido, la misma jerga esotérica, el mismo estilo de vida peripatético y la misma leve y vana conciencia de ser, en cierta forma, unos héroes.

A veces me paraba a hablar con aquellos senderistas, ofreciéndoles constantemente trozos de queso o puñados de caramelos. Recuerdo a un anciano que había recorrido todo el camino ataviado con falda escocesa y sandalias, y a un joven que no llevaba tienda, pero sí una almohada rellena de plumas. Algunos de ellos hacían proselitismo celosamente de una u otra Iglesia, mientras que otros advertían que había que prepararse para un inminente apocalipsis ecológico. Muchas de las personas con las que hablaba estaban allí aprovechando una pausa entre dos empleos, entre dos instituciones de enseñanza o entre dos matrimonios. Conocí a soldados que volvían de la guerra y a personas que trataban de recuperarse de la muerte de algún familiar. Ciertas frases hechas se repetían con frecuencia: «Necesitaba un tiempo para aclarar las ideas», decían; o: «Sabía que esta podía ser mi última oportunidad». Un verano, durante la universidad, le dije a

un joven senderista que algún día esperaba intentarlo yo también.

—Deje los estudios —me dijo sin rodeos—. Hágalo ahora.

* * *

No dejé los estudios. Era demasiado cauto para hacer tal cosa. En 2008 me trasladé a Nueva York, donde trabajé en una serie de empleos mal pagados. En mi tiempo libre planifiqué mi propia travesía. Leí guías turísticas y foros *online*, elaboré itinerarios provisionales. Menos de un año después estaba listo para empezar.

A diferencia de muchas personas, yo carecía de un impulso claro para hacer una caminata de largo recorrido, ningún incidente me había predispuesto a ello. No lloraba ninguna muerte ni me recuperaba de la drogadicción. No huía de nada. Nunca había ido a la guerra. No estaba deprimido. Puede que solo estuviera un poco chiflado. Mi travesía integral tampoco era una tentativa de encontrarme a mí mismo, de encontrar la paz ni de encontrar a Dios.

Quizá, como dicen ellos, simplemente necesitaba un tiempo para aclarar las ideas; quizá sabía que aquella podía ser mi última oportunidad. Ambas cosas eran en gran medida ciertas, como suelen serlo los clichés. También quería averiguar cómo sería pasar varios meses seguidos en plena naturaleza, vivir en un prolongado estado de libertad. Pero, sobre todo, creo que quería responder a un reto que me había acosado desde niño: cuando era pequeño y frágil, recorrer el camino entero me había parecido una tarea hercúlea; al crecer, aquella imposibilidad se había convertido precisamente en su atractivo.

Con los años, había aprendido algunos consejos útiles de los senderistas con los que me había encontrado. Sobre todo, sabía que el peso era el mayor enemigo de una travesía coronada por el éxito, de modo que jubilé mi vieja y fiel mochila e invertí en una nueva ultraligera. Luego troqué mi voluminosa tienda por una hamaca, me compré un ligero saco de dormir de plumas de ganso y cambié mis botas de cuero por unas zapatillas de deporte especiales para senderismo. Reduje mi botiquín a unas cuantas pastillas antidiarreicas, unas torundas de yodo, un rollo de esparadrapo del tamaño del pulgar y un imperdible. Sustituí mi cocina de gas blanca por una fabricada con dos latas de aluminio de Coca-Cola, que no pesaba prácticamente nada. Cuando metí todo el equipo en mi nueva mochila y la levanté por primera vez, me sentí asombrado y algo aterrorizado: parecía un hogar, un atuendo y un alimento demasiado insustancial para abastecer las necesidades de un humano durante cinco meses.

De modo que decidí no obligarme a vivir de una dieta anémica de ramen instantáneo y puré liofilizado, y empecé a cocinar montones de bazofia nutritiva (alubias y arroz integral, quinoa, cuscús, pasta de trigo integral con salsa de tomate...) que luego deshidraté. Vertí pequeñas cantidades de aceite de oliva y salsa picante en pequeñas botellas de plástico. Llené unas bolsitas de plástico de bicarbonato, crema protectora, vitaminas y analgésicos. Dividí todas las provisiones en raciones aproximadamente de cinco días y las empaqueté en catorce cajas de cartón. En cada caja metí también un librito de poesía o una novela

en rústica algo más voluminosa previamente dividida en volúmenes más ligeros utilizando una navaja de afeitar y cinta de embalar.

Luego etiqueté las cajas con las direcciones de diferentes oficinas de correos situadas a lo largo del camino —en poblaciones con nombres como Erwin, Hiawassee, Damascus, Caratunk y (mi favorito) Bland—,[3] y encargué a mi compañero de habitación que me las fuera enviando en determinadas fechas concretas. Dejé el trabajo. Subalquilé mi apartamento. Vendí o regalé todo lo que me sobraba. Luego, un frío día de marzo, cogí un avión a Georgia.

En la cumbre del monte Springer, el extremo sur del camino, me recibió un anciano que se hacía llamar Muchos Sueños, un apodo que supuestamente se había ganado mientras completaba una de las travesías integrales más lentas jamás registradas. Con sus ojos caídos y su larga barba blanca, parecía una especie de Rip van Winkle vestido de nailon.

Llevaba un portapapeles en la mano. Su tarea consistía en recopilar información de todos los senderistas que pasaban. Me dijo que aquel estaba siendo un año ajetreado: ese día llevaba registrados ya 12 de ellos, y 37 el día anterior. En total, aquella primavera casi 1.500 personas partirían de Springer rumbo a Maine, aunque apenas una cuarta parte de ellos completaría la travesía.

Allí, en la cima de la montaña, antes de iniciar mi anhelada excursión, me detuve a contemplar el paisaje que se extendía a mis pies: las ondulaciones de la tierra abrasada por la escarcha, cuyo color pasaba del marrón al

gris y luego al azul a medida que se difuminaba en el horizonte. Las montañas se alzaban y se desplomaban, se atropellaban y chocaban unas con otras. No se divisaban poblaciones ni carreteras. Se me ocurrió que sin el camino me sería del todo imposible llegar a Maine. En aquel extraño e intrincado terreno me habría resultado difícil incluso llegar a la siguiente cresta montañosa. Durante los próximos cinco meses, el camino sería mi salvavidas.

* * *

Andar por un camino implica seguirlo. Como en las situaciones de postración o de aprendizaje, andar por un camino requiere e inspira a la vez una cierta dosis de humildad. Para mantener ligera mi mochila, no llevaba ningún mapa, ni ningún dispositivo de orientación por satélite, sino únicamente una delgada guía turística y una brújula barata para situaciones de emergencia. El camino era mi única guía real de navegación. De modo que me ceñí a él, como siguió Teseo el hilo desenrollado del ovillo de bramante de Ariadna.

Una noche escribí en mi diario: «Hay momentos en que no puedes por menos que sentir que tu vida está controlada por algún dios no del todo benévolo. Desciendes bordeando una cresta solo para volver a subirla; asciendes a un pico empinado cuando es evidente que hay una ruta que lo rodea; cruzas el mismo arroyo tres veces en el curso de una hora, sin razón aparente, empapándote los pies al hacerlo. Y haces todo eso porque alguien, en algún lugar, decidió que era por ahí por donde tenía que ir el camino».

Era una sensación espeluznante saber que mis decisiones no eran mías. Las primeras semanas solía recordar una anécdota que había escuchado en cierta ocasión sobre el célebre entomólogo E. O. Wilson. A finales de la década de 1950, para entretener a sus invitados, Wilson solía escribir su nombre en una hoja de papel con un líquido químico especial; a continuación, un enjambre de hormigas coloradas salían de su nido y se alineaban diligentemente para formar cada una de las letras del nombre del científico como si fueran los miembros de una banda de música.

El truco festivo de Wilson era, de hecho, el resultado de un importante avance científico. Durante siglos, los científicos habían sospechado que las hormigas dejaban rastros invisibles para guiarse unas a otras; pero Wilson fue el primero en identificar su fuente: un órgano diminuto en forma de dedo llamado glándula de Dufour. Cuando extrajo la glándula del abdomen de una hormiga colorada y untó una placa de cristal con su contenido, de inmediato acudieron otras hormigas y se arremolinaron en ella («Se atropellaban unas a otras en su apresuramiento por seguir el camino que yo les había trazado», recordaba Wilson). Más tarde el entomólogo logró sintetizar la feromona responsable de ese camino químico; según calculó, bastarían unos cuatro litros para reunir a un billón de hormigas coloradas.

En 1968, un grupo de investigadores de Gulfport (Misisipi) dieron un nuevo enfoque al truco de Wilson: descubrieron que cierta especie de termita seguía incluso una línea dibujada con un bolígrafo normal, cuya tinta contiene unos compuestos glicólicos que las termitas

confunden con feromonas guía (por alguna razón, las termitas prefieren la tinta azul a la negra). Desde entonces, los profesores de ciencias han divertido a sus alumnos dibujando espirales azules en hojas de papel, mientras las termitas formaban en fila y circulaban confusas hacia ninguna parte.

En mi excursión, cuando el camino viraba bruscamente hacia el este o el oeste, yo solía preguntarme si no me estaban guiando también a mí en crueles círculos. Desde cierta perspectiva, los caminos representan una forma particularmente desalentadora de determinismo. «El hombre puede tomar el camino que desee y emprender absolutamente cualquier cosa —escribía Goethe—; siempre volverá al camino que la naturaleza le ha prescrito». En la Senda de los Apalaches, ese era sin duda el caso. Por más que explorara los bosques circundantes y me dirigiera en autostop a las poblaciones cercanas, al final terminaba siempre regresando al camino. Si la incertidumbre es el corazón de la aventura, me decía para mis adentros, ¿qué clase de aventura era esta?

* * *

Avancé hacia el norte a través de la primavera gris propia de las tierras del sur. Los árboles eran negros esqueletos, el suelo estaba tapizado de hojas muertas. Al despertar una mañana, en Tennessee, encontré mis zapatillas deportivas atezadas de hielo. En Carolina del Norte tuve que avanzar con nieve hasta las rodillas y luego a través de la aguanieve hasta los tobillos. La caminata era dura, pero luego, cada pocos días, e independientemente del terreno o del clima,

experimentaba el gozo de escapar de la oscuridad de los bosques y ascender hacia el aire y la luz.

En mi segunda semana de camino me uní a un apretado grupito de colegas senderistas. Viajamos juntos felizmente durante unas semanas, pero al llegar a Virginia aceleré el paso y los perdí de vista. Varias semanas o meses después me encontré con que, cada vez que yo reducía el paso o ellos lo aceleraban, me tropezaba de nuevo con aquellos amigos como por una milagrosa coincidencia. El milagro, obviamente, era el propio camino, que nos mantenía unidos en el espacio como cuentas ensartadas en una misma cuerda.

Cada uno de nosotros adoptaba un nombre específico para el camino. La mayoría de las veces el nombre te lo ponían otros senderistas en función de algo que habías dicho o hecho; mi amiga Acurrucada, por ejemplo, tenía el hábito de acurrucarse contra otros senderistas por las noches en los refugios para mantenerse caliente. Otros escogían sus propios nombres en un intento de dotarse de nuevas identidades más pretenciosas. Una nerviosa mujer de cabello plateado se rebautizó a sí misma como Serenidad, mientras que un joven más bien tímido optó por llamarse Tío Chulo; de hecho, con el tiempo fueron volviéndose ella cada vez más calmada y él cada vez más audaz.

Un grupo de joviales mujeres mayores me bautizaron como Hombre del Espacio debido al aspecto sideral de mi brillante y ultraligero equipamiento de senderismo. El nombre hizo fortuna. En los registros del camino —una serie de cuadernos situados a intervalos regulares a lo

largo del sendero, destinados a consignar datos y compartir notas— empecé a dibujar una serie de tiras cómicas. El protagonista era un extraterrestre que había llegado a la Tierra y de algún modo se encontraba con que tenía que afrontar las raras costumbres, los extraños personajes y la vida seudosalvaje de la Senda de los Apalaches.

Una vez a la semana, más o menos, un grupo de nosotros hacíamos autostop juntos para dirigirnos a una población, buscábamos un motel barato (a veces amontonándonos de seis a ocho personas en una sola habitación) y dedicábamos el día a ducharnos, lavar nuestra mugrienta ropa, beber cerveza, ingerir cantidades imposibles de comida grasienta y ver programas malos de televisión, saturándonos, como bárbaros, de los frívolos placeres de la civilización. A la mañana siguiente estábamos ansiosos por volver al sendero, donde podríamos sudar la mugre y saborear el aire puro.

Yo esperaba que el camino fuera un refugio para solitarios como yo; pero el sentimiento de comunidad que surgía entre aquellos senderistas dispersos primero me cogió por sorpresa y luego fue en aumento hasta convertirse en una de las alegrías más deliciosas de la excursión. Nos unía una experiencia común. Cada uno de nosotros sabía lo que era caminar durante semanas a través del granizo, la nieve y la lluvia. Pasábamos hambre; nos atiborrábamos; bebíamos de las cascadas. En el parque de Grayson Highlands, en Virginia, los ponis salvajes nos lamían el sudor de las piernas. En las Grandes Montañas Humeantes los osos negros perturbaban nuestro sueño. Cada uno de nosotros había tenido que hacer frente al

mismo Cerbero de soledad, aburrimiento y pérdida de confianza en sí mismo, y habíamos aprendido que la única solución era dejarlo atrás caminando.

* * *

Cuando llegué a conocer a mis colegas senderistas —un abigarrado grupo de aspirantes a la libertad, fanáticos de la naturaleza y absolutos excéntricos—, me sorprendió por extraño el hecho de que todos nosotros nos hubiéramos confinado de buen grado a un único camino. La mayoría veíamos aquella caminata como un interludio de libertad desenfrenada antes de volver a entrar en el laberinto cada vez más estricto de la vida adulta. Pero resultó que un camino no ofrece libertad completa; es más bien lo contrario: un camino es una discreta reducción de opciones. El grado de libertad del camino se parece más a un río que a un océano.

Por decirlo de la manera más sencilla posible, un camino es una manera de dar sentido al mundo. Hay infinitas formas de atravesar un paisaje; las opciones son abrumadoras y abundan los peligros. La función de un camino es reducir ese ingente caos a una línea inteligible. Los antiguos profetas y sabios —la mayoría de los cuales vivieron en una época en la que los senderos constituían la principal vía de transporte— supieron entender íntimamente este hecho, y de ahí que los textos fundacionales de casi todas las grandes religiones invoquen la metáfora del camino. Zoroastro solía hablar de los «caminos» de la potenciación, la posibilitación y la iluminación. También los antiguos hindúes prescribían tres

margas, o caminos, para alcanzar la liberación espiritual. Siddharta Gautama predicaba el *āryāṣṭāṅgamārga* o «noble camino óctuple». El Tao significa literalmente «el camino». En el islam, las enseñanzas de Mahoma se conocen como la *sunna* (de nuevo, «el camino»). Y también la Biblia está atravesada de caminos: «Deteneos en los caminos y mirad. Preguntad por las sendas antiguas cuál sea el buen camino, y andad en él; y hallaréis descanso para vuestras almas», ordenó el Señor a los idólatras (pero estos respondieron: «¡No andaremos en él!»).

Los profetas más ecuménicos suelen decir que hay muchos caminos para subir a la montaña. En la medida en que ayude a una persona a transitar por el mundo y a buscar lo que es bueno, un camino, por definición, resulta valioso. Es raro encontrarse con un líder espiritual que predique que *no* hay ningún camino hacia la iluminación. Algunos maestros zen se acercaron bastante, pero incluso el gran Dōgen declaró que la meditación «es el camino recto de la vía de Buda». El filósofo indio Jiddu Krishnamurti destaca especialmente en ese aspecto: «La verdad no tiene camino —escribió—. Toda autoridad de cualquier tipo, especialmente en el ámbito del pensamiento y el conocimiento, resulta de lo más destructivo y maligno». No debe sorprendernos el hecho de que su camino de negación de los caminos atrajera menos seguidores que las reconfortantes y detalladas instrucciones de Mahoma o Confucio. Perdidas en los inhóspitos paisajes de la vida, la mayoría de las personas elegirán el confinamiento de un camino antes que la vertiginosa libertad de un vasto territorio inexplorado sin señal de orientación alguna.

* * *

Mi camino espiritual, en la medida en que pudiera tener alguno, era el propio sendero. Consideraba el senderismo de larga distancia una forma terrenal, simplificada y típicamente americana de meditación ambulante. La principal virtud de la estructura limitadora de un camino es que libera la mente permitiéndole dedicarse a actividades más contemplativas. El objetivo de mi chapucera religión del sendero era avanzar sin contratiempos, vivir con sencillez, extraer sabiduría de la naturaleza y observar con calma el constante flujo de los fenómenos. Ni que decir tiene que básicamente fracasé. Repasando hace poco mi diario, descubrí que, lejos de pasar mis días en un estado de serena observación, la mayor parte de mi tiempo estuvo dedicado a lamentarme, fantasear, preocuparme por la logística y soñar con comida. No logré la iluminación; pero en general estaba más contento y sano de lo que lo había estado nunca.

En el transcurso de mi primer par de meses, mi ritmo se fue incrementando gradualmente, pasando de quince kilómetros diarios a veinticinco, y luego a treinta. Seguí acelerando mientras alcanzaba las crestas relativamente bajas de Maryland, Pensilvania, Nueva Jersey, Nueva York, Connecticut y Massachusetts. Para cuando entré en Vermont, llegaba a cubrir hasta cincuenta kilómetros diarios. En este proceso, mi cuerpo se fue readaptando a la tarea de andar. Mi zancada se fue haciendo más grande. Las ampollas se endurecieron hasta transformarse en callos. Toda la grasa de repuesto, y hasta un poquito de músculo, se convirtió en combustible. En cualquier

momento dado siempre había uno o dos componentes de la maquinaria que necesitaban algo de mantenimiento: un tobillo dolorido, una cadera inflamada... Pero los raros días en que todo funcionaba en armonía, recorrer un buen trecho de camino era como conducir un supercoche pisando a fondo por una autopista vacía: un matrimonio perfecto entre el instrumento y la tarea por realizar.

También mi mente empezó a cambiar de manera sutil. Un viejo y legendario senderista que responde al apodo de Nimblewill Nómada^[4] me dijo en cierta ocasión que el 80 por ciento de los aspirantes a completar la Senda de los Apalaches que finalmente acababan renunciando a ello lo hacía por razones mentales y no físicas. «Simplemente no pueden aguantar el reto de estar día tras día, semana tras semana y mes tras mes ahí fuera en medio de tanta quietud», me comentó. Yo aprendí a regañadientes a abrazar el silencio monástico de los bosques del este. Algunos días, después de recorrer muchos kilómetros, me sumergía en un estado de claridad mental casi perfecta: serena, cristalina, libre de todo pensamiento... Como dicen los sabios zen, solo caminaba.

El camino deja su marca en los viajeros: mis piernas se convirtieron en un mapa de oscuros arañazos y rosadas cicatrices de las sanguijuelas. Se abrieron agujeros irregulares primero en mis zapatillas deportivas, luego en mis calcetines y, finalmente, en mis pies. Mi camiseta empezó a disolverse tras meses de fricción y sudor corrosivo. Si me tocaba la espalda, podía notarme los omóplatos abriéndose paso a través de la tela raída como incipientes alas.

Al mismo tiempo, empecé a observar que también nosotros los senderistas alteramos el camino a nuestro paso. Reconocí por primera vez ese impacto ascendiendo una empinada ladera en la que las constantes curvas en forma de s del camino configuraban una trayectoria en zigzag. Cuando un camino tiene demasiadas curvas, los senderistas que descienden por él tienden a crear atajos para saltárselas. También observé que en las áreas cenagosas los senderistas se esfuerzan por hacer pie en terreno seco, lo que termina por dividir el camino en múltiples ramales. Parecía haber un conflicto básico entre el razonamiento de los artífices del camino y los de quienes lo recorrían. Más tarde, trabajando como voluntario en equipos de construcción de caminos, aprendería por qué ocurre esto: normalmente, los senderistas buscan la trayectoria más fácil, o de «mínimo esfuerzo», a través del paisaje. Por su parte, quienes diseñan los caminos procuran construirlos de forma que resistan a la erosión, protejan a la flora más delicada y eviten las lindes de las propiedades privadas (el impulso generado en los últimos veinte años para enseñar a los senderistas una serie de principios encaminados a «no dejar huella» ha tenido cierto éxito de cara a realinear estos dos sistemas de valores divergentes). Pero por más que uno se mantuviera asiduamente dentro de los límites del camino, aun así seguiría alterándolo, puesto que cada paso que da un senderista es un voto en favor de la continuidad de la existencia del camino. Si, por ejemplo, todo el mundo decidiera de repente dejar de recorrer para siempre la Senda de los Apalaches, esta

empezaría a cubrirse de vegetación y a la larga desaparecería.

Es aquí donde falla el concepto de camino espiritual tal como se retrata en innumerables libros sagrados: las escrituras tienden a presentar la imagen de una ruta inmutable hacia la sabiduría, transmitida desde lo alto. Pero los caminos, como las religiones, raras veces son fijos. Cambian constantemente —se ensanchan o se estrechan, se escinden o se fusionan— en función de si, y cómo, sus seguidores deciden usarlos. Tanto el camino religioso como el de los senderistas se hacen —como dicen los taoístas y los poetas— al andar.

El uso crea caminos. Los que resultan duraderos, pues, deben de ser *de uso*. Persisten porque conectan un nodo de deseo con otro: un refugio, con un manantial de agua dulce; una casa, con un pozo; un pueblo, con una arboleda. Dado que expresan y satisfacen a la vez el deseo colectivo, existen en la medida en que lo hace el deseo; una vez que este se extingue, también ellos se desvanecen.

En la década de 1980, un profesor de Diseño Urbano de la Universidad de Stuttgart llamado Klaus Humpert empezó a estudiar una serie de senderos de tierra que habían surgido en las extensiones de césped del campus, formando atajos entre las diversas vías peatonales pavimentadas. Realizó un experimento consistente en eliminar aquellos senderos «informales» del campus volviendo a sembrar césped en ellos. Tal como sospechaba, no tardaron en aparecer nuevos caminos exactamente donde habían estado los anteriores.

Estos improvisados senderos, que resultan sorprendentemente comunes, reciben el nombre de «caminos del deseo». Pueden encontrarse en los parques de todas las grandes ciudades de la tierra, cortando esos ángulos rectos que la eficiencia tanto deplora. Estudiando imágenes por satélite, he encontrado caminos del deseo en las capitales de los países más represivos del mundo: Pionyang, Naipyidó, Asjabad... Comprensiblemente, los arquitectos dictatoriales, como los propios dictadores, los desprecian. Un atajo es una especie de grafiti geográfico, que delata la incapacidad autoritaria de predecir nuestras necesidades y vigilar nuestros deseos. Como respuesta, los planificadores a veces tratan de impedir los caminos del deseo por la fuerza. Pero esta táctica está condenada al fracaso: los setos se pisotean, los letreros se arrancan y las vallas se derriban. Los diseñadores sabios esculpen *con* el deseo, no contra él.

Antes, cuando encontraba un camino sin señalizar en el bosque o en el parque de una ciudad, solía preguntarme quién habría sido su autor. Pero descubrí que, por regla general, la respuesta era que nadie. Simplemente había *surgido*. Alguien había intentado resolver un problema y emprendido un vacilante trayecto; otra persona le había seguido, y luego otra, mejorando sutilmente el camino a cada paso.

Los caminos no son únicos en ese aspecto: ocurre un proceso evolutivo similar en otras creaciones comunitarias, como los relatos populares, las canciones de trabajo, los chistes y los memes. Cuando escuchaba un viejo chiste, solía preguntarme qué anónimo y olvidado genio cómico lo

habría escrito. Pero esa era una pregunta fútil, puesto que la mayoría de los viejos chistes no nacieron completos, sino que han evolucionado a lo largo de decenios. Richard Raskin, un estudioso del humor judío, ha examinado minuciosamente cientos de antologías de chistes judíos en múltiples lenguas, nada menos que desde comienzos del siglo XIX hasta el presente, en busca de los orígenes de los chistes clásicos. Lo que descubrió fue que los chistes tradicionales judíos evolucionan a lo largo de una serie de «sendas» comunes, que por regla general implican recontextualizar, forzar la lógica, alterar personajes y escenarios y añadir finales cada vez más sorprendentes, todo ello en busca de «un mejor modo de realizar el potencial cómico de las historias». Como un buen camino, un buen chiste es el resultado de un incontable número de autores y correctores anónimos. El autor proporciona un ejemplo de 1928, en el que un matrimonio va andando por un camino de tierra cuando empieza a caer una intensa lluvia:

- ¡Sarah, súbete la falda! ¡Prácticamente la llevas arrastrando por el barro! —grita el marido.
- ¡No puedo! ¡Llevo las medias rotas! —responde la mujer.
- ¿Y por qué no te has puesto unas medias nuevas? —inquire el esposo.
- ¿Cómo iba yo a saber que se pondría a llover?

Raskin considera este chiste fallido, puesto que carece de la contradicción lógica que constituye la clave del absurdo. Pero fue un comienzo. Veinte años después, el chiste había sufrido diversos retoques: el escenario se había modificado, dejando de ser una ubicación anónima para pasar a convertirse en la mítica ciudad de Chelm, conocida por estar llena de tontos;^[5] se habían perfeccionado las frases y